EIDON, nº 65
junio 2026, 65: 1-2
DOI: 10.13184/eidon.65.2026.1-2

La ética y sus límites

Diego Gracia
Presidente de la Fundación de Ciencias de la Salud

Las ciencias se definen, decían los manuales escolásticos, por su objeto formal. El objeto material de algo es aquello de que trata. En el caso de la ética es obvio que el objeto material es el ser humano. Pero ese objeto material, el estudio del ser humano, la ética lo comparte con todas aquellas disciplinas, que son muchas, cuyo objetivo es ese mismo. Pero compartiendo el mismo objeto material, la ética se distingue de todas las demás por su objeto formal, que es el análisis de esa peculiaridad de los seres humanos, la de que nos consideremos obligados a hacer ciertas cosas y a evitar otras. No se sabe que otros sujetos de nuestro mundo tengan esa cualidad por demás peculiar que es la conciencia del deber, y por tanto la ética.

¿Pero cuál es el objeto formal de la ética? La respuesta más común en nuestra cultura es decir que trata del "deber". Así nos lo enseñó Kant, y desde entonces hasta hoy se da por cierto. Kant tampoco fue muy original al decir tal cosa, porque en este punto, como en otros varios de su ética, no hacía sino repetir lo que ya habían dicho los viejos estoicos. Así que parece razonable responder a nuestra pregunta diciendo que el objeto formal de la ética es el estudio o análisis de la experiencia humana del deber.

Pero esto, lejos de acabar con los problemas, no hace más que plantearlos. Porque resulta que con anterioridad al estoicismo no parece que esa fuera la respuesta. Si abrimos, por ejemplo, la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, el primer tratado sistemático de ética de nuestra tradición cultural, veremos que en él la ética no es el estudio del deber sino de la virtud, o como hoy es más frecuente traducir el término griego *areté*, de la excelencia. Lo que Aristóteles busca es convertir al ser humano en "un muchacho excelente", es decir, hacer que todas sus potencias y posibilidades se transformen en acto, llevando de ese modo su naturaleza y su vida a plenitud. Eso es lo que significa el término griego *eudaimonía*, que los latinos tradujeron por *felicitas* unas veces, y por *beatitudo*, otras. La traducción *felicitas* no es mala, porque *felix* en latín significa fecundo, pleno, y no solo dichoso, que es a lo que ha quedado reducido el sentido de ese término con el paso del tiempo.

¿De qué va la ética, de cumplir con el deber, o de llevar la vida humana a plenitud y perfección? Ortega y Gasset decía que el objetivo de la ética no es el "deber ser", como dicen los manuales, sino el "tener que ser", de tal modo que cada uno saque de su interior, de eso que Ortega llamaba el "fondo insobornable" y que Sócrates designó con la palabra

© Todos los derechos reservados - FUNDACIÓN DE CIENCIAS DE LA SALUD

griega *daímon*, sus mejores posibilidades y las ponga en práctica. La ética busca que cada uno dé de sí lo mejor de sí mismo.

¿Hay algo más allá de la ética así entendida, o esto colma todas las aspiraciones de la vida humana? Hay algo que, desde luego, está más allá de la experiencia del deber. Es el "don", aquello que se nos da gratuitamente, sin merecimiento alguno por nuestra parte. Aquí no rige el *do ut des* propio de la ética. *Gratis accepistis, gratis date,* reza un conocido texto evangélico (Mt 10,8). Es el caso de la experiencia del amor gratuito. El amor no es un deber; es otra cosa, un don, y en tanto que tal, gratuito. Y es que la gratuidad es tan importante o más en la vida humana que el propio deber. Dante decía que el amor es el gran motor del universo, lo que mueve al sol y a las demás estrellas. No se ama por deber. Ese no es verdadero amor, solemos decir. El amor no cae dentro de los límites de la ética. La ética, tan importante, pero a la vez tan insuficiente. No todo es ética.

Diego Gracia

© Todos los derechos reservados - FUNDACIÓN DE CIENCIAS DE LA SALUD